



Roma: Oriente y Occidente

Texto y fotos: **Carlos M. Martín**

Roma provoca en el visitante primerizo un constante clamor de sorpresa. No resulta sencillo descifrar las claves que explican la fascinación que esta ciudad ocasiona, indefectiblemente, en el viajero. Son muchos –su enumeración resultaría prolija– los factores que han contribuido a sentar a la Ciudad Eterna en el trono del Olimpo de los mitos urbanos. La trascendencia de su papel en el desarrollo de la Historia supera sus propios límites físicos. Conserva, dos milenios después de su instauración, la capitalidad espiritual de Occidente. Sobre un mosaico arquitectónico plagado de reminiscencias del auge político del Imperio, Sixto V sembró en la ciudad un enjambre de obeliscos. Representantes de los poderes religioso y civil, familias adineradas y artistas de talla universal, como Miguel Ángel, Borromini, Bernini y la pléyade de genios que sintieron la *vis atracti-*

va de la capital mundial de la cultura durante los años de producción renacentista y barroca, dejaron en la ciudad la impronta de una concepción artística sublime, que asoma con expresividad rebosante tanto en el interior de fastuosas edificaciones como en el escaparate de la vía pública. Además, Roma ha superado la tentación de enterrar su casco histórico bajo un sarcófago de hormigón, poniendo a salvo de la presión especuladora a «gloriosos espacios vacíos» que proclaman su tradición milenaria. También ha resistido el influjo de la corriente arquitectónica que ha inundado las capitales europeas con modernos –y casi siempre insulsos– rascacielos.

Pasado Imperial

El peso de la historia milenaria se deja sentir en todos los rincones de la ciudad. La abundancia de vestigios que han podido eludir los efectos destructivos del paso de los milenios permite

al visitante reproducir imaginariamente múltiples pasajes de la historia antigua romana, desde el remoto Periodo de Los Reyes, allá por el siglo VI a. de C. en que la ciudad se amuralla y amuebla definitivamente con una auténtica urdimbre arquitectónica, hasta el advenimiento del Medioevo. De los años de la República quedan exponentes desmembrados en los Templos del Largo de Argentina (*) que nos permiten reconocer el espíritu conciliador con que se intenta armonizar el concepto propio de la arquitectura etrusca con el diseño del edificio griego que, abrazado por columnata, invitaba a la contemplación perimetral. Cuando visitemos el Templo de Portunus (**), en el Forum Boarium podremos apreciar algunas características de aquella arquitectura Republicana. Los restos del Teatro di Marcelo (*) y la ampliación del Circo Máximo nos transportan a los años de la transición al Principado, protagonizados por un Julio César empeñado en



Panorámica del Foro de Trajano desde Il Vittoriano.

dotar a Roma de espectaculares estructuras urbanísticas –aunque alguna de sus ideas resultase tan peregrina como la propuesta de desvío de un tramo del río Tíber–. El periodo del Imperio llega de la mano de Augusto con ansias de pacificación. Para conmemorar la implantación de la Pax Augusta, tras las batallas del Mediterráneo, se erigió el Ara Pacis (**), cuyas inacabables tareas de restauración ocasionan en el visitante la frustración de no poder contemplar a plena satisfacción uno de los más emblemáticos vestigios de la historia de la ciudad. No obstante, la oferta del catálogo de joyas arquitectónicas correspondiente a la etapa Imperial resulta inagotable. Tras asomarnos a los miradores que se abren sobre el Foro (***) y la Columna de Trajano (**), podremos caminar por las desgastadas calzadas del Foro Romano (***) y ascender hasta la plataforma del Palatino (***) para retroceder idealmente en el tiempo hasta imaginar episodios de la época. Huroneando en las laberínticas entrañas del ciclópeo Coliseo (***) reme-

moraremos el desahogo de las frustraciones y pasiones sanguinarias de los habitantes de un Imperio sin apenas cabida para la conmiseración. En sus inmediaciones, la arqueología ha rescatado las hechuras de la Domus Aurea (*), que, hoy desnuda y antaño ricamente alhajada, se conserva como exponente residual del fastuoso complejo palaciego con que Nerón dejó muestras de su delirio de grandeza. Nuestro repaso sumario a la Roma Imperial nos conducirá al corazón histórico de la ciudad, para visitar exponentes como el Mausoleo de Augusto (**), el templo de Adriano (*) o el majestuoso Pantheon (***), obra también impulsada por Adriano en el siglo II, cuya soberbia columnata exterior compite en belleza y mérito arquitectónico con el prodigio de su cúpula.

Roma sacra

La Ciudad Eterna ha reunido, en su decurso milenario, la colección de arte sacro más abrumadora del orbe. Su capacidad de fascinación reside tanto

en la asombrosa magnitud de la arquitectura como en el ornato con que las artes de compañía han amueblado sus nichos y paredes. Se cuentan por centenares las iglesias consideradas de primer nivel en cuanto a interés turístico. Extraer todo su provecho a la oferta romana de arte religioso es tarea en la que muchos habitantes de la ciudad han empleado toda una vida sin llegar a conseguirlo. Debe recomendarse, por ello, al visitante sometido a la esclavitud del tiempo limitado que opte por señalar en su agenda un exiguo número de objetivos a los que pueda dedicar el tiempo que merecen, para degustar concienzudamente los motivos con que nos deslumbrará cada templo, antes de entregarse a una carrera frenética en pos de todas las iglesias que destacan las guías como dignos de contemplación, aunque todas, sin duda, lo sean. De este modo podrá el viajero dejar que el asombro que provoca el fascinante interior de Santa María la Mayor (***) desarrolle completamente sus efectos,



saborear pausadamente la espectacular irrupción del *Moisés* de Miguel Ángel (***) en un San Pietro in Vincole que pasaría inadvertido de no venir el visitante prevenido por las guías turísticas o disfrutar con la debida serenidad el sabor bizantino de los mosaicos y pinturas ya milenarios de San Juan de Letrán (**), Santo Estéfano (*), Santa María in Dominica (*), Santa Prassede (*) y San Clemente (*). Exige sosiego apreciar la elegancia del peculiar modo de entender el románico en la torre de Santa María in Cosmedin (**) o deleitarse contemplando el *Éxtasis de Santa Teresa* (***), obra con la que Gian Lorenzo Bernini dejó muestra de su magia en Santa María della Victoria. Debe elevarse con serenidad la mirada hacia las bóvedas de amplia luz de San Ignacio (**) o Gesú (**) y escudriñar con detenimiento, en Sant'Andrea al Quirinale (**), la concepción arquitectónica con la que Bernini elevó este templo a la categoría de obra maestra del barroco romano. Aún habremos de reservar tiempo para disfrutar la magia de los exponentes del otro lado del Tíber, entre la que puede destacarse, sin demérito de otros ejemplos, a una admirable Santa María in Trastevere (**).

Pasión por el coleccionismo

Quien crea haber contemplado las más exquisitas obras de arte del mundo sin haber visitado la Galería Borghese (***) tiene aún una asignatura pendiente en este maravilloso reducto de la exaltación artística. Bernini dejó aquí muestra de su virtuosismo. Lo comprobaremos al contemplar como los dedos del raptor Plutón se hunden en la mármorea carne de Proserpina. Las horas que el visitante dedique a recorrer este museo de la belleza quedarán grabadas como uno de los más imborrables recuerdos romanos. Roma ha ejercido como capital milenaria de la cultura, y la consecuencia de esta vocación se deja ver en la inagotable relación de colecciones artísticas, agrupadas por familias pudientes, que esconden sus viejos palacios, algunos de los cuales abren hoy sus puertas al visitante. En la Galería Pamphilj (**) podremos rastrear una interesante



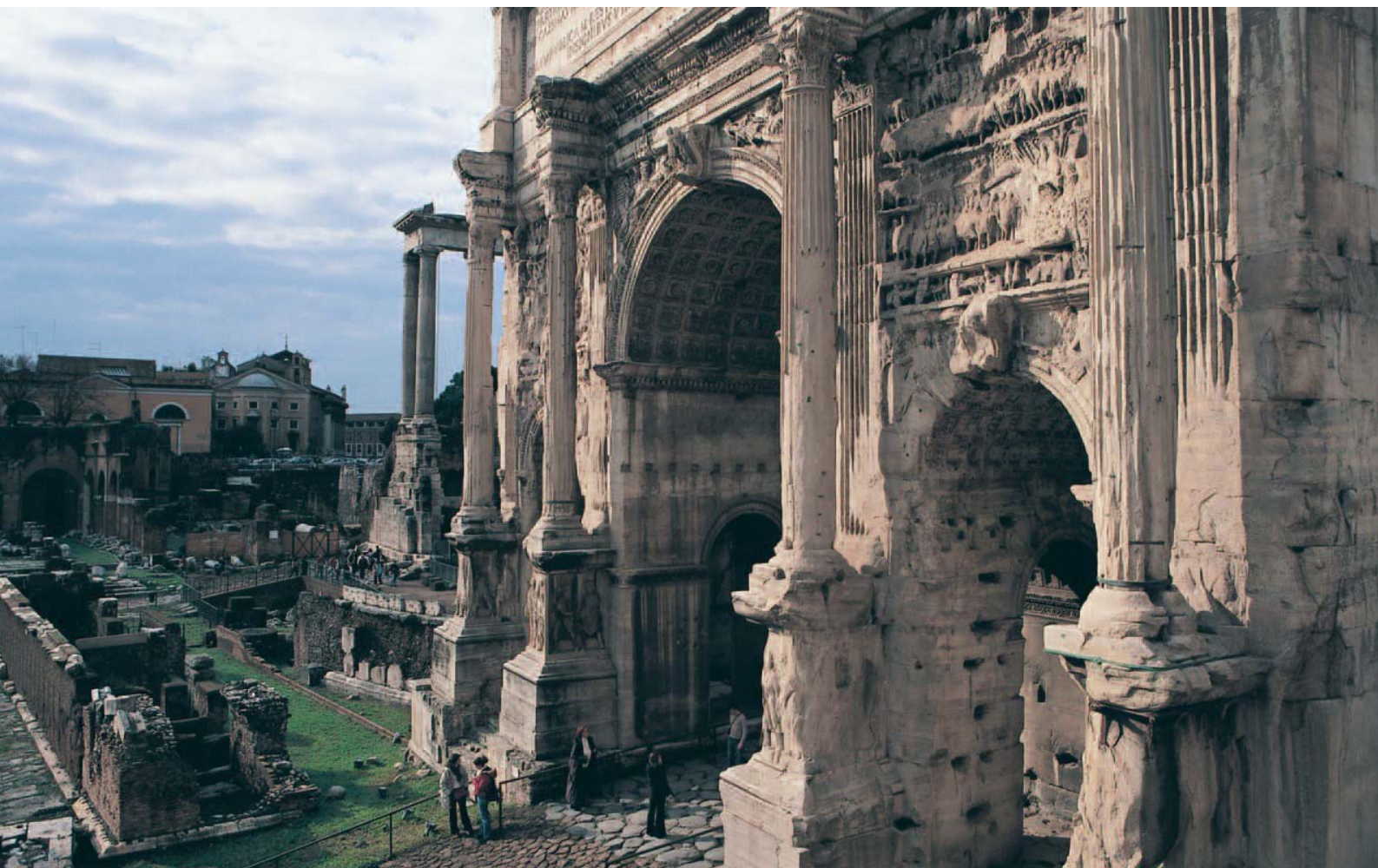
Templos –Hércules y Portuno– del Forum Boarium.



Palazzo Sant'Angelo.

muestra pictórica, antes de caer atrapados en la atmósfera que exhala la pequeña estancia donde se muestran las auténticas joyas de la colección: un maravilloso retrato de Inocencio X de un Velázquez genial y un sublime busto del sumo pontífice debido a la mágica mano de Bernini. La hermosa vitola renacentista de Villa Giulia (**) esconde una interesante colección de arte etrusco. El Palacio Spada Capodiferrero (*) alberga una Galería que ofrece una muestra pictórica de los siglos XVII y XVIII, además de asombrarnos con la destreza arquitectónica de un Borromini especialmente inspirado en la concepción de la Galería Ilusionista. También nos asombrará el ideario de este genio de la arquitectura en el Palazzo

Barberini (*), donde, además de dibujar las hechuras del edificio, descendió al detalle diseñando una espléndida escalera helicoidal. En la colección del Palazzo Corsini (*) podremos descubrir el innovador concepto del juego de la luz en la pintura de Caravaggio. El Museo Nazionale Romano (**) recoge un impresionante repertorio de tesoros rescatados por una Arqueología que en Roma se siente desbordada. En el Palazzo Venezia (*) se exhibe el museo de artes decorativas más notable de la ciudad. Las pinacotecas y fondos de escultura de los Museos Capitolinos (**) del Palazzo dei Conservatori y Palazzo Nuovo se nos muestran pletóricas de obras espectaculares, con exponentes que abarcan un arco temporal que hunde



Foro romano. Arco de Settimo Severo.

sus más remotas raíces en lejanas fechas de la Antigüedad... Son sólo algunos de los múltiples focos romanos de coleccionismo donde podremos disfrutar expresiones del genio arquitectónico, pictórico y escultórico que aglutina una ciudad donde, durante milenios, se enseñoreó la más sublime creatividad artística.

Paseos romanos

Roma es un paraíso para el caminante. Siendo muchos los motivos para la exaltación anímica que se derivan de la contemplación artística, el recuerdo más vívido que el visitante se lleva de esta ciudad tiene mucho que ver con la emoción íntima que causa el pausado tránsito por su anárquico laberinto de viejas callejuelas, por las que el caminante pasea imbuido en una atmósfera mágica, saboreando la aristocrática decadencia de viejos y señoriales edificios, de los que parece querer desprenderse la amarillenta pintura, displaciente, cansada de una centenaria lucha contra las inclemencias meteorológicas.

Debe advertirse que cierta anarquía y una interpretación más bien relajada

de las normas de circulación vial de los conductores hacen que el tránsito pedestre por Roma resulte una pequeña aventura. Cualquier vacilación en el viandante a la hora de hacer valer su preferencia es interpretada por el conductor como una renuncia a la prioridad. Para cruzar por un paso de cebra, el peatón debe manifestar una voluntad resuelta de imponer su derecho... ¡sin caer en la temeridad!

Contacte con la magia de la ciudad en la Fontana de Trevi (**), en pleno corazón del casco histórico. Una vez degustado el encanto del lugar—que ni el permanente exceso de afluencia turística ni el agobiante asalto de los vendedores callejeros consiguen disipar—, comience a caminar abandonándose al impulso de su primer palpito, con la seguridad de que el paseo le conducirá por lugares encantadores. Quizá se encamine hacia Campo de Fiori (**), entrañable escenario para el descubrimiento de la urdimbre tradicional de una Roma que nos devuelve a un mundo interiorista, cálido y amable. En todo caso, el paseo anárquico por el centro de la ciudad desvelará que Roma es ciudad pródiga en hermosas plazas, palacios

imponentes y encantadoras fuentes. Cualquier recorrido por el centro histórico permite desembocar en espacios que se abren a la fascinación, como Navona (**), Spagna (**), Popolo (**), Colona (*), Venezia (**) y un largo rosario de ejemplos, todos notables. La reproducción nominal del conjunto de los Palacios y Villas romanos resultaría prolija. Villa Medici (**), Palazzo Farnese (**), Castello Sant'Angelo (**) y una inagotable colección de fantásticas sorpresas arquitectónicas irán desgranando ante los atónitos ojos del caminante, durante sus paseos en uno y otro lado del Tíber, las mejores esencias de Roma.

Antes o después, el visitante se encontrará ante la escalinata de Il Vittoriano (*). Es un edificio transgresor. El turista se detiene con cierto escepticismo frente a este cíclope de mármol, sin saber muy bien a que atenerse a la hora de emitir un juicio inicial. Intuye algún componente de excesiva teatralidad en esta propuesta arquitectónica decimonónica que rompe los moldes que hicieron de la Ciudad Eterna la cuna de la elegancia para entregarse al lujo de lo superfluo y a las dimensiones abrumadoras como argumentos



con los que, a falta de otros recursos imaginativos, pretende impresionar al visitante, aunque para ello deba permitirse prebendas tan cuestionables como la de ocultar a Santa María d'Aracoeli (**). Su extraordinario emplazamiento, no obstante, convierte a este delirio de grandeza en espléndida atalaya para disfrutar del fascinante entorno que abraza a la «máquina de escribir», apodo con el que los habitantes de la ciudad han castigado al ciclópeo Vittoriano, cuya alba pátina y apabullante entidad no acaban de encontrar plácido acomodo en un panorama circundante cargado de sabrosa discreción clásica.

La hora del crepúsculo vespertino cobra especial interés en Roma por la espectacularidad de los atardeceres que se disfrutan desde el cómodo oteadero de la Piazzale de Napoleone I (**) en los Jardines Pincio. Una alternativa también recomendable invita a compartir con millares de habitantes y visitantes de la ciudad la ceremonia de salutación al crepúsculo vespertino desde las escalinatas de la Plaza de España (**).

El caminante más esforzado tiene en Trastevere y Gianicolo dos referencias inexcusables para captar el alma de la otra cara de la ciudad. Proponemos un largo y placentero paseo que permite disfrutar de rincones periféricos de innegable atractivo. Con motivo de la visita a la Piazza della Bocca della Verità, y una vez nos hayamos recreado en la contemplación de motivos de interés tan notables como el Arco de Jano, los templos del Foro Boarium o la espléndida iglesia de Santa María in Cosmedian, y acaso cumplido el trámite de comprobar cuánto tiene de verdad la leyenda que asegura que quien introduzca la mano en la famosa Bocca de la Verdad se cerrará despiadadamente sobre quien tenga alguna infidelidad pendiente de justificar, podremos ingresar en la barriada del Trastevere (**) a través del Ponte Palatino, desde el que se obtienen bellas vistas del Ponte Rotto (**) e isla Tiberina. Tras obligada detención en la plaza de Santa María (**), la parte más exigente del trayecto nos obliga a ascender hasta San Pietro in Montorio, donde el



Panorámica de Roma desde Plaza Garibaldi.

Renacimiento esconde su emblema pionero del Tempietto (**), obra con la que Bramante abrió las puertas al nuevo movimiento artístico que tornaba los ojos a los valores humanísticos y estéticos de la antigüedad clásica. San Pietro in Montorio (**) ofrece un oteadero que abre fascinantes vistas sobre el corazón de la ciudad, quizá para compensar el eventual esfuerzo de su trepada. Desde aquí se alcanza, ahora con comodidad, el Gianicolo, espléndido entorno para el recreo del caminante. Hacia naciente, el corazón de la ciudad hace destacar las cúpulas de sus innumerables templos sobre el raso arquitectónico de la urbe. La Basílica de San Pedro reclama, al noroeste, la atención del viandante, haciendo resaltar los elementos más destacados de su imponente

arquitectura entre los troncos de esbeltos pinos que medran en los jardines.

Ciudad del Vaticano

La muerte natural del paseo que cierra el capítulo anterior nos deja a los pies de la Ciudad del Vaticano. Nada se puede decir del conjunto arquitectónico de San Pedro (***) que no conozca de antemano el visitante. Acoge en el interior de su imponente Basílica emblemas artísticos tan populares como la *Piedad* de un Miguel Ángel que en sus años juveniles ya enseñaba la promesa de su genio o el Baldaquino de Bernini, con el que todos tomamos contacto en la adolescencia a través los libros de texto. Requerirá tiempo apreciar todos sus motivos de interés. No menos paciente debe ser la visita a los Museos



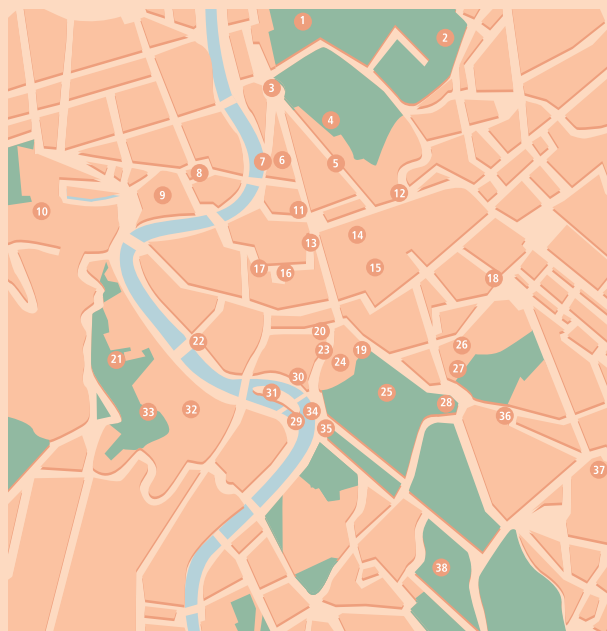
Vaticanos (***) . La simple cita de la extraordinaria Capilla Sixtina o de las maravillosas Estancias de Rafael hace innecesaria cualquier tentación de abusar de la recomendación de su visita.

Oriente y Occidente

Todos los caminos continúan conduciendo a Roma, aunque el visitante moderno haya sustituido la sobria ropa talar del viejo peregrino de antaño por la inconfundible vitola que caracteriza al moderno turista.

Roma ha desempeñado durante milenios, con inequívoco carácter integrador, su vocación de sincretismo cultural. No puede extrañar, por ello, que algunos escritores, como Gómez i Oliver, hayan calificado a esta urbe como la *ciudad más occidental de Oriente*. ■

MUY PRÁCTICO



1. Villa Giulia.
2. Galleria Borghese.
3. Piazza del Popolo y Santa María del Popolo.
4. Villa Medici.
5. Piazza di Spagna.
6. Piazza Augusto.
7. Ara Pacis.
8. Piazza del Tribunali.
9. Castello Sant'Angelo.
10. Vaticano.
11. San Lorenzo in Lucina.
12. Palazzo Barberini.
13. Palazzo Colonna.
14. Fontana di Trevi.
15. Quirinale.
16. Pantheon.
17. Piazza Navona.
18. Santa María Maggiore.
19. Foro Trajano.
20. Piazza Venezia.
21. Gianicolo.
22. Palazzo Farnese.
23. Vittoriano.
24. Santa María in Aracoeli.
25. Foro Romano.
26. San Pietro in Vincoli.
27. Domus Aurea.
28. Colosseo.
29. Palatino.
30. Teatro di Marcello.
31. Isola Tiberina.
32. Santa María in Trastevere.
33. San Pietro in Montorio.
34. Ponte Palatino y Ponte Rotto.
35. Piazza Bocca della Verità y Sta. María in Cosmedin.
36. San Clemente.
37. San Giovanni in Laterano.
38. Terme di Caracalla.

► La implantación de los nuevos «vuelos económicos» ha comenzado a desviar el flujo de visitantes hacia pequeños aeropuertos periféricos, como Ciampino, que se erige en nuevo y pujante punto de destino. Para enlazar con el corazón urbano desde este aeropuerto existe una alternativa económica, para los autobuses, que suelen ofertar las compañías aéreas. Junto a su entrada localizaremos la parada del autobús que enlaza con Anagnina, estación terminal de metro de la línea que conduce hasta Barberini, Spagna y otros enclaves del corazón urbano.

► Para los desplazamientos metropolitanos, Roma cuenta con una sencilla red de metro, compuesta por dos líneas que recorren diagonalmente el entramado urbano. Su cobertura, por obvias razones arqueológicas, no alcanza a todos los puntos turísticos neurálgicos. Pero Roma, a pesar de su dimensión, es ciudad muy asequible para el turista dispuesto a disfrutar como

peatón de la inagotable oferta de sorpresas que ofrecen sus encantadoras calles.

► Si pretende economizar en las comidas, cerciórese de que los precios de la carta incluyen cubierto, servicio y extras de cualquier naturaleza. Asegúrese, también, de que la bebida que pide, corresponde a sus deseos. A falta de indicación le servirán, en muchos de los restaurantes que proliferan cerca de los puntos turísticos más visitados, la opción

menos económica. ¡La cuenta puede verse desagradablemente corregida mediante la aplicación a la suma que se había imaginado de un notable coeficiente corrector!

► Madruga para entrar en los museos vaticanos durante las épocas de máxima afluencia de visitantes y en las de horario restringido. La marea humana que forma cola para adquirir entradas puede alcanzar centenares de metros con el avance de la mañana.

Legenda: (*) interesante, (**) muy interesante, (***) imprescindible



Basilica de San Pedro.